

BRANDON Q. MORRIS

NACIÓN DE MARTE

HARD SCIENCE FICTION PARTE 3



¿Acaso el secreto de Marte se esconde bajo la superficie de su polo sur?

Un astronauta solitario busca pistas sobre los primeros habitantes del Planeta Rojo. Mientras tanto, Rick Summers, que ha asumido el cargo de administrador de la ciudad de Marte mediante el engaño y la manipulación, intenta unificar a los habitantes de Marte con las armas que tiene bajo su control. Entonces Summers tropieza con un mal tan poderoso que ni siquiera él tiene medios para vencerlo.

Nación de Marte, Parte 3



Sol 314, Base de MpT

–Empuja –dijo Theo–, ¡y ten cuidado!

El objeto triangular comenzó a moverse despacio hacia él. Permitió que el borde delantero se deslizara hacia sus manos enguantadas. La estructura, creada a partir de paneles de cristal adheridos a la base, era sorprendentemente pesada. Dio un pequeño paso hacia atrás y aseguró su agarre de la base antes de que toda la estructura pudiera deslizarse fuera de la zona de carga del rover.

–Vale, para –dijo–. Ahora te necesito aquí.

–De acuerdo –oyó responder a Rebecca por la radio del casco. Saltó con elegancia desde la zona de carga y llegó al otro extremo de la estructura. La base, un grueso panel de plástico de unos tres metros de largo y ancho, podía transportarse con facilidad por dos personas. Sin embargo, encima se encontraban dos paneles rectangulares de grueso cristal, apoyados entre sí, que formaban caras opuestas de una estructura con forma de cuña que había sido cerrada al insertarle dos paneles triangulares de cristal en los laterales.

–¿Ves la zona de montaje? –preguntó Theo.

–Sí.

Habían nivelado la zona el día anterior y hoy habían situado el rover cerca. Estaban en la cima de la colina que

se cernía sobre su pequeño asentamiento. El prisma de cristal iba a situarse allí como la joya de una corona.

–Y, ¡tira! –ordenó. En perfecta sincronía, lo levantaron del rover y caminaron de lado la corta distancia desde el vehículo hasta el lugar elegido—. Y abajo –dijo. Se mantuvieron mientras se agachaban para bajar la estructura hacia la superficie. La soltaron como estaba planeado y volvieron a enderezarse.

Theo dio un paso atrás.

Rebecca miró colina abajo y saludó con la mano. Había visto a alguien que los observaba. La presencia del asentamiento solo era evidente si mirabas dos veces, ya que la mayor parte estaba situada bajo tierra.

–Traeré el primer contenedor –declaró Theo.

Esta era la parte más débil de su plan. Habían traído contenedores de agua y los habían mantenido dentro del caldeado rover. Iban a llenar la estructura de cristal con el agua... con rapidez, si tenían en cuenta que la temperatura del aire era de cuarenta grados bajo cero. No tenían mucho tiempo antes de que el agua se congelara.

–Abriré la válvula de llenado –dijo Rebecca. Esta era la «división del trabajo» que habían planeado.

Theo se acercó al rover y sacó el primer contenedor de la zona de carga. Volvió deprisa a la cuña de cristal, abrió el sello del contenedor mientras caminaba y vertió el agua dentro de la estructura.

–¡Funciona! –exclamó Rebecca—. ¡Felicidades!

–Gracias.

El contenido del primer contenedor había cubierto el fondo de la estructura. Recorrió a toda prisa el camino entre la estructura y el rover ocho veces más. Había calculado, por supuesto, la cantidad de agua que necesitaría para llenarla. El nivel del agua subía en proporción a cada vertido porque la estructura se estrechaba desde el fondo hasta la cima. Sin embargo, Theo no fue lo bastante rápi-

do con el último recipiente. El agua se congeló antes de que pudiera verterla y soltó un bufido de frustración.

–Debería estar bien así –dijo Rebecca–. Mira... solo faltan un par de centímetros en la parte de arriba.

–Cierto –respondió mientras le echaba una mirada al sol. Era temprano por la tarde, pero su posición ya estaba bastante baja–. Volvamos abajo –le instó. Estaba excitado. Nada dependía de esta estructura, ni su supervivencia ni el destino de la humanidad. Y este hecho era precisamente lo que la hacía tan especial. Era un puro lujo.

Se subieron al rover de un salto. Como Rebecca llegó al vehículo primero, se sentó en el lugar del conductor. Bajaron la colina a toda velocidad. Tenían que dar un largo rodeo porque la pared del cráter era demasiado empinada como para tomar una ruta directa. Theo se agarró con fuerza a Rebecca desde atrás para evitar ser lanzado fuera del traqueteante rover. Era muy divertido hacer estas salidas con Rebecca.

Ella fue también la inspiración tras su idea de construir una cuña de cristal llena de agua. Ella había estado comentando con nostalgia que probablemente nunca volvería a ver un arcoíris. Esta estructura se encargaría de ello.

Llegaron a la base del cráter.

–Para, por favor –dijo Theo.

Rebecca detuvo el rover.

Theo se inclinó hacia delante y tocó la pantalla del mapa junto al panel de control.

–Debería estar por aquí.

Rebecca volvió a arrancar el motor. Condujo despacio hasta el lugar que Theo había marcado en el mapa.

–Debe de ser aquí –dijo ella.

Theo miró la hora.

–Faltan veinte minutos.

Se quedaron uno al lado del otro, sus brazos tocándose. Era imposible que pudieran sentir el calor del otro a través del grueso tejido de sus trajes espaciales, pero a

Theo le parecía que sí que podía. Observaron el borde de la pared del cráter.



–Ahora –dijo Theo.

El sol estaba a punto de desaparecer tras la pared del cráter. Ese era el momento. Sus rayos alcanzaron la cuña de cristal, la cual, haciendo las veces de un prisma, dividió la luz en sus diversos componentes y apareció un arcoíris. Era pequeño pero claramente visible. La luz del sol era mucho más débil que en la Tierra, pero conforme el crepúsculo se instalaba a su alrededor, el arcoíris se volvió más claro.

–Es precioso –exclamó Rebecca.

–Como tú –respondió Theo con suavidad.

–Gracias –dijo ella. Miraba con firmeza los colores generados por el prisma.

Theo se situó tras ella y le rodeó la cintura con sus brazos.

–Imagina que estamos en una playa del Caribe después de una tormenta tropical.

–Estoy allí contigo ahora. La arena es cálida y suave bajo mis pies. El aire huele a mar.



Sol 316, Base de la NASA

—¿Lance?

—¿Sí, Sarah?

—¿Cuánto obtienes de multiplicar doscientos sesenta y ocho por veinticuatro, dividido por veinticuatro coma sesenta y seis, más cincuenta y seis?

Miró a su novia, quien estaba sentada frente a él ante un ordenador. «¿Por qué no introduce los números en el ordenador?», pensó. Sin embargo, lo que estaba haciendo en ese momento era tan aburrido que no le importó la distracción. Se suponía que debía estar comparando las cantidades de agua y fertilizante usadas durante las últimas dos semanas con la cantidad de comida que habían recolectado. En realidad eso era tarea de Sarah, ya que era la bióloga de la tripulación y estaba a cargo del huerto, pero él la estaba ayudando. Lance hizo mentalmente los cálculos que ella le planteaba. Como Sarah no había mencionado ningún paréntesis, doscientos sesenta y ocho por veinticuatro dividido por veinticuatro coma sesenta y seis era más o menos doscientos sesenta, más cincuenta y seis, el resultado era trescientos dieciséis.

«¡La fecha de hoy!». Lance se levantó de un salto. Por supuesto, en Sol 56 ellos habían... Rodeó su escritorio y se situó detrás de su novia para empezar a frotarle los hombros.

–¿Ha empezado? –preguntó.

–Creo que sí. Nunca he pasado por esto, pero si yo fuera médico y otra mujer me dijera que estaba teniendo un dolor como este, mi diagnóstico sería obvio. Parece que es superpuntual.

–Tenemos que decírselo a Mike y a Ewa –dijo Lance–. Deprisa, vamos a llevarte a la enfermería.

Pero Sarah permaneció en su asiento.

–No hace falta darse prisa –respondió con calma–. Aún puedo caminar por mí misma.

–Entonces iré saliendo yo –dijo Lance–, y avisaré a Ewa.

Aparte de Sarah, no había más médicos en la base y, por eso, Ewa había recibido entrenamiento para el parto. Como granjera experimentada, sabía cómo traer terneros al mundo. Sarah se había reído a carcajadas al oírlo y dijo que sentía que estaba en las mejores manos posibles.

Ewa no estaba de turno en ese momento, así que Lance la buscó en su habitación. Esa parte de la estructura subterránea aún olía a pintura fresca. Las habitaciones allí no habían estado preparadas para entrar a vivir hasta hacía dos semanas. Hasta entonces, Ewa se había «alojado» más que «vivido» en un almacén.

Llamó a la puerta y ella le invitó a entrar. Ewa estaba tumbada sobre una cama improvisada, cuyo somier había soldado ella misma. Un gran saco plano relleno con hierba seca de su propio huerto hacía las veces de colchón y hacía que su habitación oliera un poco a heno.

–Ha empezado –dijo Lance sin más preámbulo.

Ewa se incorporó.

–Mantén la calma –dijo ella.

Le caía sudor por la espalda aunque la habitación de Ewa estaba a apenas veinte grados. ¿De qué demonios estaba hablando? Lo que estaba sucediendo ahora era el mayor milagro que el universo podía ofrecer. Y, ¿se suponía que debía mantener la calma?

—Es más fácil decirlo que hacerlo —confesó mientras se frotaba la barbilla.

—Lo superaremos —contestó Ewa—. Todo parece ir muy bien. El bebé se ha desarrollado extremadamente bien.

Ewa tenía razón. Ni la baja fuerza gravitatoria ni la alta radiación parecían haber dañado al feto. Las imágenes de la ecografía revelaban a un niño que estaba bien desarrollado del todo.

No obstante, Lance estaba preocupado. Ningún humano había nacido jamás en otro planeta. Y sus habilidades médicas eran limitadas. La expedición de la NASA había estado aprovisionada para una visita a Marte, no para instalarse allí permanentemente. En contraste con los miembros del proyecto espacial Ciudad Marte, que había recibido fondos privados, y que también estaba situado allí en Marte, su hijo no recibiría vacunas ni inyecciones de vitamina K como era costumbre con los recién nacidos tras el parto. Las relaciones entre su base y Ciudad Marte eran tensas en ese momento, ya que se habían negado a jurarle lealtad a su administrador.

—¿Vas a venir ahora? —preguntó Lance.

—Dentro de un momento —dijo Ewa—. Me cambiaré de ropa y me lavaré. Tú deberías hacer lo mismo si quieres estar presente durante el parto. ¿Quieres?

Él asintió. Por supuesto que quería. Iba a ser la primera persona en darle a su hijo la bienvenida a Marte.



El nacimiento fue ruidoso, estresante y sangriento. Y hedía. Lance estaba empapado en sudor. Se sentó sobre sus talones para apoyar a Sarah en el pedestal mientras ella gruñía y empujaba. Le corrían lágrimas por el rostro, pero la única razón por la que se dio cuenta fue por el sabor salado en su boca. Se sentía responsable por el sufrimiento de Sarah mientras que todo lo que él podía hacer era mirar. Se alegró cuando ella le apretó la mano con tanta fuerza que le dolió, y cuando se le quedaron las piernas dormidas y le empezaron a arder bajo su peso se alegró también. Tal vez de ese modo él podría reducir su dolor un poco al menos.

Sarah respiraba al ritmo que le marcaba Ewa. Ya era una madre ejemplar en esos primeros instantes de la vida de su hijo. Un grito final y ya habían terminado. Los músculos de Sarah se relajaron y Lance tuvo que sujetarla con firmeza para evitar que se deslizara hasta el suelo. Parecía que su cuerpo se había quedado sin fuerzas. La abrazó con fuerza.

—¿Quieres hacerlo? —Ewa le estaba tendiendo un par de tijeras.

¿Qué se suponía que tenía que hacer con ellas? Negó con la cabeza.

—El cordón umbilical —dijo Ewa—. No es difícil. —Le puso las tijeras en la mano derecha y le dijo qué hacer—. Ahora.

Él manipulaba las tijeras con la mano derecha mientras seguía sujetando a Sarah entre su brazo izquierdo y su cuerpo. El cordón umbilical ofreció poca resistencia. Ahora había separado a su hijo de su madre. Lance contuvo un sollozo. Era una despedida y una bienvenida. Nunca habría pensado que el parto fuera tan... tan dramático.

—¿Puedes ayudarla a subirse al catre?

Ewa dio unos pasos hacia un lado para ocuparse del bebé. Lance no creyó poder levantarse para llevar a Sarah hasta el catre, pero de algún modo lo consiguió. Cuando ella estuvo finalmente tumbada, él le retiró el pelo de la

cara con el dedo índice. Se veía francamente agotada, pero hermosa al mismo tiempo. Abrió los ojos y le dedicó una pequeña sonrisa.

Ewa les acercó su hijo y se lo mostró a Sarah. Iba envuelto en una toalla blanca y, cuando Ewa lo acercó al rostro de Sarah, el niño empezó a llorar. Sarah sonrió mientras alargaba los brazos para acoger a su hijo recién nacido.

–No lo dice en serio –dijo Lance en voz baja.

–Lo sé –susurró ella mientras envolvía a su hijo entre sus brazos.

De fondo, sonó un timbrado. Lance lo ignoró. Su hijo era sencillamente increíble. Nunca dejaría de mirarlo. Alguien le tocó el hombro y se giró sobresaltado.

–Mike te necesita en el puente –dijo Ewa.

–¿Es...?

No terminó su pregunta porque el rostro de Ewa le proporcionó la respuesta. Un temor horrible lo dominó, un miedo como no había conocido antes. Sospechaba que tal reacción era el resultado de ser padre. ¿Sería siempre así? Se enderezó.

–Tengo que ir a ver a Mike.

Sarah solo asintió.

–No tengo ni idea de qué quiere de mí –dijo, aunque Sarah no le había preguntado. Y así, se giró y abandonó la habitación.



–¿Qué está pasando? –preguntó Lance mientras cruzaba la puerta.

Mike se giró en redondo para mirarle mientras Sharon se apoyaba contra la pared a su derecha; la mujer juguetaba nerviosa con su cinturón.

–Hemos recibido una señal de emergencia de MpT – respondió Mike.

–¿Una señal de emergencia? –repitió Lance, quien temía adivinar lo que estaba a punto de oír. Por muy terrible que sonara, se descubrió deseando que un meteorito hubiera golpeado la base de MpT, o que quizás se hubieran visto atacados por una epidemia. Sería horrible, pero no afectaría a su hijo recién nacido.

–Un ataque. Diez asaltantes armados de Ciudad Marte. Summers los envió.

–¿Ha habido muertes? –Lance sintió un sudor frío. El sudor en su espalda le resultaba repugnante. Necesitaba una ducha y cambiarse de ropa.

–No. Ellen decidió no plantarles cara. No hubieran tenido ninguna posibilidad. Toda la base de MpT está ahora ocupada.

–Eso fue prudente –dijo Lance. Mike mantenía una relación con Ellen y ahora había sabido que la mujer a la que amaba estaba en manos de un enemigo implacable. Lance se limpió la frente con la mano y se secó el sudor en los pantalones–. ¿Hay algo que podamos hacer? –preguntó.

–No –dijo Sharon con un movimiento de cabeza–. Están demasiado lejos.

–Tenemos que considerar cómo vamos a responder al ataque –declaró Mike.

–Lucharemos –dijo Lance. Sin embargo, mientras pronunciaba esas palabras parecieron perder fuerza. ¿Con qué lucharían? Solo eran cinco. «No, somos seis». Y ese hecho hacía que la decisión fuera mucho más difícil.

–No sé si eso sería inteligente –opinó Sharon.

–Mi primer impulso es que también necesitaríamos defendernos –confesó Mike–. Pero imaginad qué pasaría si los hombres de Summers se presentan en nuestra base. Podría enviar pocos efectivos, pero si luchamos perderíamos.

–Enviaré a más esbirros de que los que envié a MpT –dijo Sharon–. Nos han avisado. Summers estará contando con resistencia. Tomó la decisión inteligente al atacar a MpT primero. Ellos tienen tres veces más que nosotros. El elemento de sorpresa fue un factor mayor en lo que a ellos concernía.

–Summers es un cabrón –dijo Lance.

–Un cabrón poderoso –le corrigió Mike.

–Chicos, esto no nos ayuda –intervino Sharon.

–¿Cuánto tiempo tenemos? –preguntó Lance.

–Es difícil saberlo –declaró Mike–. Si Summers envía aquí a la misma gentuza que usó contra MpT, podrían pasar varios días.

–Pero podría haber enviado nuestro propio equipo de ataque –interrumpió Sharon–. Podría aparecer aquí en cualquier momento.

–Te olvidas de nuestros drones de vigilancia –dijo Lance. Había estacionado tres drones automatizados a una distancia de veinte kilómetros de la base para notificarles sobre incidentes inusuales–. Nos darán unas dos horas para reaccionar.

–Si es que ven al enemigo –dijo Mike.

–Estoy suponiendo que no vendrían a pie. Y todos los vehículos producen una estela de polvo claramente visible.

–Eso es cierto –admitió Mike.

–Sugiero que nos demos hasta mañana para reflexionar si queremos defendernos o no –dijo Sharon.

–Y mientras tanto deberíamos empezar a preparar nuestras defensas –comentó Lance.

–Estoy de acuerdo –respondió Mike.



Sol 316, Base de MpT

–Vale, y ahora los hombres tenéis que entrar ahí con calma –dijo uno de los hombres con los modernos trajes espaciales Spaceliner, mientras señalaba al compartimento estanco de uno de los rovers cerrados.

Theo miró hacia atrás. Rebecca no estaba a la vista. Esperaba que estuviera bien. Reconoció a Andy y a Ellen. Ella le rodeaba los hombros con su brazo. Era probable que estuviera convenciéndole para que no se resistiera. Su decisión de blandir la bandera blanca no había recibido la aprobación de todos. Theo la había apoyado. No habrían tenido la más mínima oportunidad contra diez atacantes armados. Pero ¿qué sucedería a continuación?

De repente, alguien le empujó desde un lado.

–¡Oye! Se supone que tienes que entrar ahí. ¿No lo has oído?

Otro de los hombres de Summers. Theo tuvo que contenerse; era tentador sacarle la arrogancia a golpes a ese hombre. El tío iba armado, pero sujetaba su pistola con tanta inexperiencia que Theo podría habérsela arrebatado con facilidad. Sin embargo, había otros siete hombres allí que podían dejarlo fuera de juego. Dos de su grupo parecían estar con las mujeres abajo, en las habitaciones sub-